

EL LIRIO
DE
FUEGO

VIC ECHEGOYEN



E

EL LIRIO DE FUEGO
Vic Echegoyen

1.^a edición: septiembre 2016

© Texto e ilustraciones: Vic Echegoyen, 2015.

Publicada por acuerdo con Meucci Agency - Milán.

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-505-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Epílogo: LEÓN BOUTHILLIER

Prefacio: EL TERCiado, EL ERMITAÑO Y EL JOROBA-
DO

Primer intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo I: ISABEL DE PLESSIS

Segundo intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo II: ISABEL DE PLESSIS

Tercer intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo III: LUIS PIDOUX

Cuarto intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo IV: LISA PIDOUX

Quinto intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo V: ANNE DE FERTÉ

Sexto intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo VI: LA VOIVRA

Séptimo intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo VII: MARUJA SANGRABOLSAS

Octavo intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Capítulo VIII: LADY LILY CARLISLE

Noveno intermedio: LEÓN BOUTHILLIER

Nota de la autora

Bibliografía

EPÍLOGO
LEÓN BOUTHILLIER
París, 1632





Uurasteis que había muerto, monseñor! Nos habéis mentido...

Tras la puerta cerrada del gabinete del cardenal-duque de Richelieu, primer ministro de Francia, su sobrina favorita, Magdalena de Combalet, estaba a punto de romper a llorar, a juzgar por sus gritos cada vez más incoherentes. Los dos centinelas apostados a ambos lados de la puerta maciza se esforzaban por mantener la vista al frente y la cara vacía de expresión. Cavois, el oficial de guardia esa noche en el Louvre, cuidaba de que sus inferiores fueran ciegos y mudos, especialmente delante de la sobrina del ministro, a sabiendas de que bastaba una palabra de la viuda al oído de su tío para relegar al guardia de turno a vigilar los establos. Sobre todo cuando la viuda irrumpía en su gabinete como lo había hecho hacía cinco minutos, sin esperar a que Cavois la anunciara, apartándolo como si fuera una telaraña en su camino.

Desde el campanario vecino de San Germán, el son límpido de la Vieja María quebró el silencio de la ciudad. Las tres de la madrugada: por el trajín de amanuenses y mensajeros ojerosos que pululaban por los pasillos, calculé que monseñor llevaba cerca de una hora despierto y trabajando. Pero a esa hora su antecámara, de día abarrotada de cortesanos y pedigüeños, se encontraba casi desierta salvo por un servidor, más traspuesto que alerta y maldiciendo por lo intempestivo de la llamada, y un hombre que dormitaba sobre un banco junto a la puerta, a juzgar por el cabeceo de su sombrero a punto de caérsele al suelo. Aparte de nosotros, nadie más podía escuchar las voces que subían de tono. Me acerqué unos pasos, dudando entre llamar resueltamente o aguardar por prudencia a que amainara la borrasca, cuando sentí un tirón de la manga.

El durmiente que me agarraba con porfía levantó la cara, y me tragué la lindeza que iba a espetarle. Aquel indivi-

duo era mi padre, Claudio Bouthillier, por más señas superintendente de Finanzas, consejero de la Marina y media docena de cargos más, ninguno de los cuales revelaba su verdadera función: desfacedor de entuertos delicados y agente de la máxima confianza del cardenal-duque; si monseñor se hubiera permitido tener amigos íntimos, habría añadido que mi padre lo era. Como su hijo único, yo aspiraba a heredar su posición y para ello seguía sus pasos desde hacía años, aprendiendo de su ejemplo un oficio que ningún manual enseñaba. Así que, cuando mi padre se llevó el índice a los labios, me dejé caer sentado a su lado y acerqué mi oreja a su boca.

Pasaron unos instantes sin que dijera nada. Me acerqué más; siguió sin hablar. Extrañado, me volví hacia él, y lo que vi hizo que espabilara del todo. Mi padre abría y cerraba la boca, incapaz de articular palabra, tan cariacontecido que me habría reído, si no me hubiera chocado tanto. Aquel hombre tan elocuente estaba mudo: mudo de consternación y temor.

—Dejadme a mí —murmuré entre dientes—. ¿Estáis en apuros? ¿Lo estoy yo? ¿Tiene que ver con el rey? ¿O su hermano? ¿Los protestantes? ¿Los ingleses? ¿Los españoles?

A cada pregunta mi padre denegó con la cabeza, lanzando ojeadas hacia la puerta y apretando los labios; su silencio empezaba a impacientarme. Se me agotaban las ideas y seguía sin arrancarle ni una pista, cuando advertí que las pisadas de la viuda se habían detenido cerca de la puerta. Contuve la respiración al mismo tiempo que mi padre; pero ella no debió de oírme, pues reanudó su taconeo sobre el suelo de mármol. La imaginé paseándose ante la mesa abarrotada de papeles, gesticulando, ronca de impaciencia.

El ministro trataba de tranquilizarla con un torrente de palabras sin sentido, y su voz era dulce, persuasiva, como si consolara a un niño incapaz de razonar.

—Callaos, Magdalena, no sabéis lo que decís. —Luego, con esa inflexión suya que pocos podían resistir, conciliadora y suplicante, murmuró—: Fue hace mucho tiempo; erais una niña y no os acordáis.

—¿No? Recuerdo que desapareció una noche: decían que se ahogó. Pero no recuerdo que la encontraran nunca, ni que la enterráramos en la capilla. Sabíais que era mentira. Por eso prohibisteis a la familia hablar de ella. No podíamos ni mencionar su nombre, como si nunca hubiera existido. Más vale muerta que sin honra: ¿es eso? Pero no está muerta, sino viviendo entre los españoles, ¡qué vergüenza para todos! Y ella no os ha olvidado.

Desde la antecámara, oí la respiración trabajosa del ministro mientras trataba de atajar sus reproches, pero ella ahogó con su llanto el susurro apremiante de su tío.

—Sabíais quién era, lo averiguasteis muy pronto, y sabíais que era un peligro para todos nosotros. Entonces habríais podido alejarla, todavía estabais a tiempo... Pero os dio igual. Todo París sabrá lo que es esa mujer y vuestra relación...

—¡Medid vuestras palabras!

—... sabrán lo que ha hecho. ¿Y si se entera el rey?

Todos temíamos las lágrimas de la Combalet casi tanto como los ataques de furia de su tío. Ante el ministro, nadie salvo la viuda osaba quejarse ni mostrar debilidad, so pena de ser expulsados de su presencia. Pero de ella toleraba sus lamentos y su envidia histérica por las demás mujeres con un afecto resignado, que se volvía apenas condescendiente si se trataba de Pontcourlay, La Meilleraye o cualquiera de sus demás parientes. Su paciencia con la viuda era infinita y se lo perdonaba todo, como si entre ella y él existieran vínculos invisibles aún más fuertes que la sangre. Aun así, la Combalet no siempre se dejaba calmar por él, y esta vez creí oír una amenaza velada entre sus quejas. Me pregunté quién podía ser esa mujer sin nombre capaz de provocar tantos celos en la viuda.

—Su majestad no dará crédito a calumnias —respondió secamente el ministro—. Y os aconsejo que sigáis su ejemplo, por vuestro bien y el nuestro. Os lo advierto por última vez: olvidad lo que acabáis de decir, y yo haré que su majestad olvide que sois la única dama de la reina madre que aún no la ha seguido al exilio. De lo contrario...

El tintineo de la campanilla puso fin a la extraña conversación. Rápidamente, me devané los sesos. Fuera lo que fuese lo que tanto alteraba a monseñor, el quid era una mujer.

—¿Es la reina quien causa problemas? —improvisé—. ¿La reina madre? ¿Una de sus damas? ¿Una mujer... alguien próximo a monseñor?

En ese momento se abrió la puerta. La señora de Combalet salió a toda prisa del gabinete, cruzó la antecámara sin reparar siquiera en nuestras reverencias apresuradas, y se alejó al trote. Miré la puerta entreabierta por el rabillo del ojo y calculé que, a lo sumo, me quedaba un minuto para adivinar qué pasaba. Mi padre parecía luchar consigo mismo.

—León... no puedo decírtelo —susurró por fin—. Esta vez, no. Es imposible. Solo esto: haz exactamente lo que él te ordene, aunque vaya contra todo lo que crees saber, contra todas tus convicciones. Obedece sin dudar ni un momento, sin rechistar, y, sobre todo, sin hacer preguntas. No exagero si digo que, si lo consigues, la recompensa superará todas tus ambiciones. Pero si fracasas, no solo será el fin de tu ascenso y el mío, sino también el fin de su eminencia. Si cae, nos arrastrará con él. Depende de ti; nos va en ello la carrera, la fortuna, tal vez la vida.

Justo a tiempo; momentos después, el teniente me indicó en silencio que pasara.

Encontré a la Eminentísima a solas, de pie ante la chimenea, con un pliego en la mano. Cuando entré, no levantó la vista del fuego. Cerré la puerta a mis espaldas; con un ademán ausente de la punta de los dedos, me ordenó que

echara el cerrojo. Luego, levantando la esquina de un tapiz que ocupaba una pared entera, me invitó a entrar, a través de una puertecilla oculta, en un aposento cuya existencia desconocía. Obedecí, ocultando mi asombro; algo muy grave ocurría cuando el hombre más amenazado del reino prescindía hasta de sus guardias más fieles.

Su eminencia cerró la puertecilla con cuidado, se dirigió a un pequeño escritorio al fondo de la estancia y luego, apoyándose sobre la mesa con su mano casi paralizada, permaneció inmóvil un buen rato. Aún no se había recuperado de la guerra en Mantua; estaba tan escuálido y macilento, que aunque apenas me doblaba en edad parecía tener mucho más de cuarenta y seis años. Me llegó el tañido apagado de las tres y media, y él seguía absorto en el pliego que tenía entre los dedos, en una quietud tan inusual que lo imité, sin atreverme a romper el silencio. Discretamente, dejé vagar la mirada alrededor de ese aposento donde no había puesto los pies en la vida y que mi padre, inseparable de monseñor desde su infancia, tampoco había mencionado jamás.

Era un cuarto pequeño y sin ventanas, cuyas paredes de ladrillo, ennegrecido por el humo de algunas lámparas, absorbían más que despedían la escasa luz. Estaba amueblado de forma espartana: el escritorio, una silla, un baúl cerrado, una estufa que sobresalía de la pared, y un gran mapa de Francia detrás de la mesa.

Pero lo que me llamó la atención no fue la austeridad de aquel lugar, impropia de un príncipe de la Iglesia y un grande del reino, sino la extraordinaria colección de cuadros que ocupaban las paredes como único adorno. Eran retratos, mejor dicho vestigios de retratos, tan maltrechos que parecían rescatados de los escombros de un incendio o de un campo de batalla. Unos estaban surcados de cuchilladas; otros conservaban la huella de las botas que los habían pisoteado, o estaban chamuscados a medias, como si los hubieran rescatado de una hoguera; y otros, arrancados

brutalmente de sus marcos a juzgar por los bordes deshilachados, colgaban de la pared sujetos por clavos de hierro, como pingajos polvorientos.

A pesar de su mal estado, reconocí los rostros remotos pero familiares de personajes de la historia de Francia: aquí, la melena leonina del príncipe de Condé; a su lado, la nariz aguileña del mariscal de Bellegarde; más allá los rasgos toscos de Concino Concini...

Antes de que completara mi estudio de tan curiosa colección, un leve rasgueo me hizo volver a la realidad. Su eminencia había terminado de leer el pliego y se inclinaba sobre la mesa para anotar algo en el margen, amarillo y quebradizo por los años; sus bordes eran irregulares, como si alguien lo hubiera arrancado de un libro de actas. La caligrafía picuda me pareció diferente de la utilizada por los escribas parisienses.

—Tengo una tarea desagradable para vos, León. Se trata de capturar a una persona. Tiene en su poder documentos de un valor inapreciable. Si consigue vendérselos a los enemigos del rey, podría comprometer la seguridad del reino.

Hasta aquí, no me inquieté especialmente; los hombres de monseñor se pasaban la mitad del tiempo recuperando despachos robados, interceptando cartas y sobornando a agentes de toda índole para recobrar papeles más o menos sospechosos y atajar de raíz cualquier amago de conspiración. Era un secreto a voces que hasta la correspondencia de los grandes del reino se extraviaba periódicamente y pasaba por el despacho del ministro antes de llegar a sus destinatarios finales; ni siquiera fray José, su hombre de máxima confianza, habría puesto la mano en el fuego por el carácter secreto de sus misivas. Años atrás, yo había comenzado mi carrera en la «estafeta roja», como llamábamos al desvío y la copia de cartas ajenas. Hasta ahora, el sistema creado por el ministro había funcionado a la perfección, ahorrándonos más de un quebradero de cabeza.

—No seguiréis el procedimiento habitual —advirtió monseñor, al ver que no parecía preocupado—, porque no es una persona corriente. Es un conspirador, un espía y un traidor sin escrúpulos, capaz de matar a cualquiera que se interponga en su camino. Habla varios idiomas con fluidez, puede cambiar de identidad rápidamente, y se mueve con la misma facilidad en Francia, en Inglaterra y en los territorios del imperio. Ya consiguió una vez escapar de una prisión, y lleva meses burlando a la justicia francesa.

Eso sí que no era habitual. Monseñor asintió, satisfecho al ver que le prestaba la máxima atención.

—¿Cómo ha logrado eludir durante tanto tiempo a los servicios bien informados de vuestra eminencia? —quise saber.

—Por negligencia mía —admitió el ministro, impasible—. Por desgracia, es alguien a quien yo mismo tuve que recurrir en varias ocasiones: nadie más que esa persona disponía en aquel momento de los conocimientos y los enlaces excepcionales que necesitaba con el extranjero. Por supuesto, sucedió antes de descubrir su identidad, y la verdadera naturaleza de sus actividades como mercenario de los enemigos del rey.

—Pero... eso significa que conoce nuestros códigos —dije, alarmado.

—Así es. Pero no le servirá de nada: Rossignol ha preparado un nuevo sistema, que recibiréis antes de partir. —Antes de que pudiera preguntar adónde, añadió—: Además, el espía dispone de recursos para comprar la lealtad de otros, y cuenta con amigos influyentes. Todo ello lo vuelve muy peligroso.

—Entendido, monseñor. ¿De quién se trata?

En vez de responder, se volvió hacia el mapa, dándome la espalda.

—Muy peligroso —repitió para sí—, y toda precaución es poca. El asunto es urgente: hay indicios de que se ha puesto en contacto con el duque de Lorena y los españo-

les, sospecho que para ofrecer esos documentos al mejor postor.

Toda apariencia de calma había desaparecido, y los espasmos incontrolados de sus dedos me advirtieron de que se avecinaba un ataque de cólera. Más de una vez, había oído tras la puerta cerrada el restallido de su fusta descargándose sobre un secretario, el estrépito de muebles derribados y sus blasfemias, que sumían a todo el palacio en un silencio lleno de aprensión. Maldiciones contra la reina, la reina madre, la misma Francia, «la puta de los españoles, los ingleses, los imperiales, de todos, menos de su rey... si Francia fuera de cristal, la rompería en mil pedazos». Después, su eminencia se retiraba a su despacho privado, dejando con la palabra en la boca al desdichado que sin querer había desencadenado su furia, y solo reaparecía al cabo de varias horas, con la serenidad plácida de quien acaba de despertar de un sueño, cuando sus secretarios habían enderezado los muebles y restaurado algo de orden en el gabinete demolido.

Con un esfuerzo, el ministro volvió a quedar inmóvil, y prosiguió:

—Las puertas de las ciudades principales están vigiladas, y hasta hoy no me han informado de nadie que se ajuste a su descripción. Así que ya no está en Francia; ni tampoco entre los cortesanos de la reina madre.

Él sabía con pocas horas de retraso cuanto tramaba la vieja reina en su exilio de Moulins; Cavois vigilaba a distancia aquel avispero para tranquilizar a monseñor acerca de su estado de salud, y, sobre todo, de su correspondencia.

—Por lo visto, tampoco está en Flandes ni en Inglaterra, donde también hay orden de busca y captura por diversos motivos. Parece que la seguridad misma de varios reinos depende de una insignificante persona —murmuró, posando la mirada en las vetas de cuero del mapa, con sus puertos de montaña y sus fortalezas marcadas aquí y allá con alfileres negros, cuyo significado era un misterio para mí, con

tal intensidad como si pudiera descubrir en ellos el rastro del espía que se las había arreglado para desaparecer de entre los vivos. Su mirada se desplazó en diagonal, desde Calais hasta Marsella—. Podría tratar de llegar a España, pero tendría que cruzar Francia de punta a punta, y en ese camino ya no hay un solo lugar seguro. ¿Dónde puede refugiarse un fugitivo...?

Cuando se encontraba a solas con la viuda Combalet o conmigo era propenso a meditar en voz alta, y casi me había costado su confianza descubrir que no siempre deseaba respuesta a sus preguntas. Aguardé en silencio, sopesando alternativas.

—El Franco Condado —afirmó él en voz muy baja.

Entendí su razonamiento al instante: ¿qué mejor lugar para un espía que una provincia tres veces enemiga de Francia, bajo los estandartes de Borgoña, España y el imperio?

—El Franco Condado es muy grande —aduje respetuosamente, y añadí para mis adentros: «Y ningún francés en su sano juicio pondrá el pie allí, so pena de terminar con su cabeza en la punta de una pica.» Él despegó la mirada del mapa y la fijó en un anillo que formaba parte de su anular.

—Y muy pequeño cuando se sabe adónde ir. ¿Cuánto tiempo hace que no visitáis la tierra de vuestros antepasados, señor Bouthillier?

«Desde que Francia está a punto de entrar en guerra con los borgoñones y ellos me saben al servicio de su mayor enemigo, señor de Richelieu», pensé, alarmado. ¿Por qué me enviaba precisamente a mí? La casa de mis antepasados maternos, ilustres auditores de cuentas y consejeros caídos en desgracia, estaba allí: nuestras tierras se ahogaban en el cerco formado por Dole, Dijon y Besanzón, el alma, el corazón y la cabeza de Borgoña. Si osaba poner un pie allí sería arrestado. Sentí que se me formaba una bola de hiel en la garganta.

—Pues bien, viajaréis allí esta noche. En el muelle del Puente Nuevo hallaréis la flotilla real de recreo; escoged la barca menos llamativa, y aguardad a que llegue vuestra escolta. Son mosqueteros que he elegido personalmente. No tenéis más que remontar el Sena hasta su nacimiento.

—¿Y luego, monseñor?

—En cada etapa del viaje, los mosqueteros que os acompañan os entregarán las instrucciones necesarias para seguir adelante.

Levantó la mirada del mapa y siguió hablando afablemente, pero sus pensamientos estaban muy lejos.

—Si tenéis algún contratiempo, o perdéis su pista, podéis recurrir al arzobispo-gobernador de Besanzón. Pero solo en caso de extrema necesidad —recalcó con suma lentitud.

El asunto tomaba un cariz decididamente feo, y tragué de nuevo: hacía poco que Gastón, el hermano menor del rey, había tratado de derrocarlo por enésima vez, y tras ser derrotado había huido de Francia, encontrándose con todas las puertas cerradas, menos las del Franco Condado, donde el arzobispo-gobernador lo acogió con los brazos abiertos y se negó a entregarlo al rey de Francia en sus propias barbas: la humillación aún le escocía al rey.

Su ministro tampoco dormía, obsesionado por escarmentar a aquellos borgoñones del demonio y su arrogante arzobispo. «El rey de Francia camina por el sendero de la paz», declararon los emisarios franceses ante el arzobispo octogenario cuando le exigieron que les entregara a Gastón. «Paz armada —replicó sin conmoverse el caudillo borgoñón—: El Franco Condado no quiere la guerra, pero defenderá sus fueros, y si el hermano del rey se acoge al derecho de asilo, lo protegeremos como a un borgoñón más.» Desde entonces, los correos de ambas partes a duras penas podían cruzar la frontera sin ser atacados por centinelas de uno u otro lado. Y ahora, el ministro me arrojaba a mí a las fauces del lobo...